

« favor de todos los que os hallais en los países infieles y comba-
« tís por la gloria de Cristo y por la exaltacion de nuestra santa
« fe, el jubileo que ha concedido en favor de los que vienen á Ro-
« ma con el objeto de visitar ciertas iglesias; Su Santidad, en vir-
« tud de su benignidad apostólica, os ha otorgado á todos esta
« merced. Para conseguirla es preciso que os arrepintais de vues-
« tros pecados y los confeseis, para que lucheis contra los enemi-
« gos de la santa Cruz con tanto mas valor, energía y fuerza, cuan-
« to mas grande considereis la liberalidad de Dios y de la Iglesia
« su esposa; y para notificaros la impetracion de esta gracia, me
« ha parecido útil en el Señor escribiros esta misiva sellándola
« con el sello de nuestra Sociedad.

« Dada en Roma el 7 de los Idus de julio (9 de julio de 1550). »

Si el arzobispo de Génova manifiesta deseos de reunir los Bar-
nabitas de Milan á la Compañía, y si le hacen semejantes propo-
siciones otros prelados respecto á los clérigos de la Somasca y de
los Teatinos, se niega Loyola á semejantes deseos, y al paso que
profesa el mayor aprecio por estas diferentes Órdenes religiosas,
declara que cada una debe permanecer en su estado natural, se-
guir separadamente su propia regla, y caminar á su fin parti-
cular.

Para llegar á este fin, objeto de todos sus pensamientos, con-
sume su vida entera; empero debe alcanzarle, porque su voluntad
es irresistible. Ha hecho en sí mismo la experiencia de los resul-
tados que producen las obras frívolas, ó los libros que conducen
al escepticismo: los principios de Erasmo y los encantos de su es-
tilo habian, como él decia, aflojado los resortes de su alma; y así
prohibió la lectura de este autor, cuya influencia podia ser tan
temible á los espíritus aun jóvenes. En aquel tiempo y con la So-
ciedad que acababa de crear, tenia razón Loyola. Erasmo, aun-
que católico, no sabia tener ni el valor de la conciencia, ni el del
genio: como para justificar la prevision de Ignacio, profesaba
este escritor célebre en sus cartas, publicadas después de su
muerte, una indiferencia egoísta, que á los ojos de Ignacio era mas
culpable que la misma herejía ¹.

¹ « Lutero, escribia Erasmo, nos ha legado una doctrina saludable y excelen-
« tes consejos. Yo desearia que no pudiese destruir su efecto con faltas imper-
« donables; pero aun cuando nada fuese digno de reprension en sus obras, ja-
« más me he sentido dispuesto á morir por la verdad. Todos los hombres no han

Durante la suspension del concilio de Trento llamó el General
á Laynez para que se presentase en Padua, y Pasquier-Brouet,
primer provincial de Italia, fue enviado por su orden á Francia pa-
ra que acelerase en ella los progresos del Instituto, entrando Lay-
nez á ocupar el provincialato. Parecióle á Laynez que aun no ha-
bia aprendido el arte de obedecer, y por lo mismo rehusa mandar;
Loyola le obliga á aceptarlo; mas apenas habia tomado á su car-
go el gobierno de esta provincia, cuando se admira de que sean
llamados á Roma los Jesuitas mas distinguidos. Quéjase á Loy-
ola por cartas al ver los colegios de Italia desprovistos de hombres
científicos: este le contesta que en Roma se halla el foco de la Ór-
den, y que allí es donde debe brillar con todo su esplendor; pero
Laynez, que tal vez decia con razon que ignoraba el arte de obe-
decer, volvió á escribir al General cerca el mismo asunto.

Era Laynez íntimo amigo de Ignacio, su brazo derecho y una
de las antorchas de la Compañía; el sacro Colegio le designaba
por cardenal; pero Loyola no repara ninguna de estas considera-
ciones, y le escribe: « Reflexionad bien vuestro proceder: decid-
« me si reconocéis haber delinquido; y en caso de reputaros cul-
« pable, indicadme la pena que estais pronto á sufrir por vuestra
« falta. »

El general inteligente habia ordenado, y el súbdito, mas inte-
ligente aun, contestaba desde Florencia:

« Cuando me han entregado, padre mio, la carta de vuestra
« reverencia, me puse á hacer oracion; y después de haberla ter-
« minado con lágrimas, lo que raras veces me sucede, hé aquí
« el partido que he tomado, y el que tomo en la actualidad baña-
« dos mis ojos en llanto: deseo que vuestra reverencia, en cuyas
« manos me pongo y me abandono totalmente, deseo, repito, y
« pido por las entrañas de Nuestro Señor Jesucristo, que para cas-
« tigar mis pecados y para mortificar mis pasiones desarregladas
« que son el origen de ellos, me separe del gobierno, de la pre-
« dicacion y del estudio, hasta no dejarme otro libro que mi bre-
« viario; que me permita pasar á Roma pidiendo limosna, y me
« ocupe hasta la muerte en los oficios mas bajos de la casa; ó bien
« si no soy apto, me mande pasar el resto de mis dias en la ense-

« recibido la fuerza necesaria para ser mártires, y si yo me hubiera hallado en el
« tormento, creo que hubiese hecho lo que san Pedro. » *Epistolae Erasmi*, in
Jortins list of Erasm, tom. I. pág. 273.

«ñanza de los primeros rudimentos de la gramática, no guardando conmigo consideracion alguna, ni mirándome mas que como la escoria del mundo: esta es la penitencia que elijo por ahora.»

La sumision no podia ser mas completa, puesto que habia dado el mas raro ejemplo de humildad y obediencia: únicamente restaba vengar la ley. El General se guardó bien de prohibir el estudio á Laynez, antes por el contrario, le mandó componer una Suma de teología, agregándole los PP. Viole y Martín Olavio, para que le ayudasen en la visita de los colegios.

Julio III y Marcelo II no habian hecho mas que pasar, por decirlo así, por el trono pontificio. El 23 de mayo de 1555 fue elegido pontifice Pedro Caraffa que tomó el nombre de Paulo IV: tenia este Cardenal cerca de ochenta años al tiempo de su eleccion; mas como su nombre de fundador de los Teatinos le habia obligado con bastante frecuencia á intervenir en los asuntos de la Compañía de Jesús, no dejaron de alarmarse los Padres residentes en Roma cuando supieron su elevacion al solio pontificio.

Ignacio fue el único que conservó bastante serenidad para presentarse en su palacio á la primera audiencia. Caraffa se habia despojado del carácter de teatino como igualmente del de cardenal, para tomar el de Jefe supremo de la Iglesia: tocábale por lo tanto recompensar los servicios que la Sociedad habia prestado al catolicismo.

El primer pensamiento de Paulo IV, luego de su ascenso al pontificado, fue el de otorgar á Laynez la investidura del cardenalato. Alarmóse el Jesuita al recibir la noticia de su promocion; comunica sus temores á Loyola, quien le tranquiliza diciéndole que el Papa es demasiado justo para arrancarle á su humildad. Sin embargo, el Pontifice, que deseaba triunfar de su resistencia, y queria acostumbrar á Laynez á los honores del Vaticano, le ordena tomar en él un aposento con el objeto de que se ocupase en la reforma de la Dataría.

Es la Dataría el tribunal encargado en Roma de cuanto concierne á la colacion de los beneficios eclesiásticos, obispados y abadías: entrando tambien en sus atribuciones el distribuir las dispensas para los matrimonios. Habianse introducido una multitud de agiotajes en este ramo de la administracion, tal vez el mas complicado é importante de la Santa Sede. Ocupóse Laynez

en desentrañarlos, aplicando un remedio eficaz para extirparlos de raíz: mas no tardó en conocer que aquella ocupacion era un cebo para retenerle en el Vaticano, y, viendo ya terminada su comision, se fuga un dia del palacio, acogiéndose á la casa profesa. Muy luego conoció el Pontifice que de nada serviría su autoridad para obligar á Laynez á aceptar el capelo; por lo que le pareció mas conveniente renunciar á su proyecto.

Hacia ya mucho tiempo que la salud del General, minada por los continuos trabajos y prolongadas vigiliass, amenazaba ruina: veia Ignacio aproximarse su hora, sin que por eso dejase de ocuparse un momento en las atenciones que reclamaba su Sociedad; pero los padecimientos vencieron por último su constante energia. Laynez, aunque mas jóven, no por eso estaba mas robusto que su maestro, ó por mejor decir, se hallaba en una situacion casi desesperada; por lo que Loyola creyó oportuno asociar á su empleo un Padre que vigilase por él en lo concerniente al generalato. Empero no quiso verificar por sí mismo esta eleccion; reunió para ello á todos los sacerdotes residentes en Roma, suplicándoles que le agregasen un vicegerente, y todos unánimes designaron al P. Gerónimo Nadal.

Ya no tenia Ignacio mas cuidados que el de pensar en su salvacion: retiróse á lo interior de sí mismo, ó mas bien, se dedicó á consolar los enfermos y desgraciados; como para aprender el arte de morir santamente, teniendo á cada instante ante sus ojos el espectáculo de la muerte. Hallábase en la agonía y su pensamiento creaba todavía, puesto que en el lecho del dolor compuso para la Sociedad las Cuarenta horas que después adoptó la Iglesia universal, y que sigue celebrando en los tres dias de carnes-tolendas: en el lecho del dolor dictó sus últimas inspiraciones respecto á la virtud de la obediencia; testamento lleno de sabiduría y que justifica el prodigioso vigor que conservó su bien organizada cabeza, aun en los últimos instantes de su vida.

Finalmente, el viernes 31 de julio de 1556, á las cinco de la mañana exhaló el último suspiro, pronunciando el nombre de Jesús, y á la edad de sesenta y cinco años.

Tres cosas habia ansiado sobre la tierra: ver confirmado su Instituto por los soberanos Pontífices; oírlos aprobar el libro de los *Ejercicios espirituales*, y saber que sus Constituciones se hallaban promulgadas en todos los países en que se hallaban sus dis-

cípulos. Ignacio descendía feliz á la tumba puesto que veía cumplidos sus tres deseos.

Reconocemos con la Iglesia la excelencia de las virtudes cristianas y la autenticidad de los milagros de aquellos que coloca en el catálogo de los Santos, en cuyo número se cuenta á Loyola. Los Protestantes de buena fe se han unido á la Iglesia católica para tributar homenaje á la santidad de Ignacio: «No creemos, dice Macaulay¹, que un lector imparcial de sus escritos, ni un exacto historiador de su vida ponga jamás en duda la integridad y probidad de este hombre; ni creemos tampoco que se le pueda contestar el mérito de una devoción sincera, habitual y profunda.»

La memoria de los finados se perpetúa sobre la tierra por los monumentos útiles y establecimientos emprendidos en favor de la comun felicidad: si la Iglesia venera en Ignacio al cristiano, al religioso y al sacerdote; la historia debe tributar honor al hombre grande; su mas augusto y verdadero panegírico resalta en la celebridad de sus mismas obras; veamos las que ha legado á la posteridad.

Además de la Compañía de Jesús, que es por sí sola un monumento inimitable, se elevan en la capital del mundo cristiano dos gigantescos edificios, en cuya erección consumió el General de los Jesuitas sus últimos años: estos edificios son, el colegio Romano y el Germánico.

Trece escolásticos, conducidos por el P. Pelletier, se trasladaban el 16 de febrero de 1550 desde la casa profesa á una pequeña mansion que acababa de tomar en arrendamiento Loyola al pié del Capitolio: la habitacion era estrecha, y los trece escolásticos habitaban en ella sosteniéndose con una corta suma de dinero que les habia dado Francisco de Borja, duque de Gandía. Apenas se dió principio á las clases en este colegio improvisado, cuyo acceso, segun los deseos del General, debia ser libre á cuantos desearan instruirse gratuitamente, cuando se vieron obligados á buscar una morada mas cómoda: ofrecióseles una cerca de la Minerva, que habia pertenecido á la familia Frangipani; aceptóla el General, y con el objeto de disponerla con arreglo á sus miras, empezó por gastar en su reparacion el peculio que habia señala-

¹ Revista de Edimburgo, 1842. *Edinburgh Review*, 1842.

do el duque de Gandía para el futuro colegio. La casa es verdad que era vasta; pero contando Ignacio con la Providencia, hubiera deseado ensancharla mas para acoger á cuantos se presentasen: era tambien pobre; mas no era solo la cruz de la indigencia la que estaba destinada á soportar; existía aun otra mas difícil y mas gravosa en aquella época.

Los profesores eran todos Jesuitas: no imponían tributo alguno por la educacion que dispensaban, ni aun consentían recibir de manos de sus alumnos el pan de que á veces carecían. Este desinterés que ofrecía tantas ventajas á las familias, no podía agrar á los demás doctores, quienes por esta sola comparacion, comprendían fácilmente que bien pronto sus aulas quedarían desiertas: esto era á la vez para ellos un asunto de especulacion y de amor propio, por lo que no tardó en empezar la guerra entre la universidad de Roma y el colegio Romano.

Empezaron por calumniar á los Padres de la Sociedad ridiculizando su porte, insultándoles y lanzándoles toda clase de injurias, sin olvidar las acusaciones de mala fe, de herejía y aun de ignorancia. Érales imposible persuadir á la generalidad de los habitantes de Roma que los miembros del Instituto eran unos sectarios, por lo que se vieron precisados sus detractores á colocarse en mejor terreno; los Jesuitas ya no eran á los ojos de la universidad y de sus catedráticos mas que unos hombres ignorantes é incapaces: al saber Loyola esta nueva acusacion se contentó con responder: «No pretendemos pasar plaza de sabios; mas lo poco que hemos aprendido lo comunicamos gustosos á todos por amor de Dios.»

Los herejes, que jamás perdían de vista á Roma y la Compañía de Jesús, cuyos esfuerzos por su desgracia conocían, en 1552 reunieron sus propias maquinaciones á las contiendas suscitadas por los celos de la universidad. Felipe Melancton envió á uno de los suyos al campo enemigo: y el emisario, que era un hombre consumado y fecundo en el arte de la palabra, especialmente en el conocimiento de las sagradas Escrituras, se introdujo en la Sociedad con el objeto de inocularle sus doctrinas; pero fue descubierto y entregado á la Inquisicion. Hiciéronse después otras tentativas; pero las inutilizó la vigilancia continua de los Padres.

En 1553 el colegio Romano comenzó á enseñar la teología escolástica, y se encargó de esta primera cátedra Martin Olavio;

Quintín Carlat de la de teología moral; Frusis de la Escritura sagrada, y las demás se repartieron entre los Jesuitas Juan Ruggieri, Francisco Roilet y Baltasar Turrian. Loyola, excelente apreciador del mérito, conoció la excelencia del método que usaba la universidad de Paris; y le adoptó al punto, y para que le gustaran mejor los italianos, procuró que todos los jefes de su colegio fuesen sacados de esta universidad; homenaje que esta no ha osado agradecer al General de los Jesuitas.

Con semejantes maestros no podía menos la ciencia de hacerse fácil á los alumnos; mas esta misma facilidad era un embarazo pecuniario cada vez mas gravoso. Eran muy frecuentes las representaciones que se dirigian á Ignacio, en que le hacian observar las numerosas entradas de escolásticos y los crecidos gastos que ocasionaban; á lo que siempre contestaba: «Dejadlo, el cielo proveerá á todas las necesidades:» y en medio de la escasez de las cosas mas necesarias á la vida, se entregaban discípulos y maestros á todo el ardor de las discusiones científicas. No era ya un seminario el que Loyola habia creado para la Compañía; era, sí, una casa en que todo jóven y todo hombre ya formado adquiria un derecho para recibir la instruccion y seguir una carrera.

El papa Julio III, testigo ocular de tanto bien, habia prometido á Loyola una dotacion anual de 2000 escudos de oro; pero murió antes de poder dar á su voluntad una forma legal. Paulo IV supo é hizo saber este deseo de su predecesor á los Jesuitas, que se hallaba dispuesto á cumplirle y á pasar mas adelante.

En 1555 se diseminaron los 100 primeros alumnos por los diferentes Estados de Europa, y vinieron otros 200 á ocupar los puestos que aquellos dejaron vacantes. Es verdad que nada poseian; pero Loyola, que confiaba en la Providencia, compró una casa de campo inmediata á las Termas del emperador Antonino, con objeto de trasladar á ella los convalecientes para que respirasen un aire puro. El papa Paulo III en 1556 otorgó á esta casa todos los privilegios de que disfrutaban las universidades.

Dióse principio en el año de 1557 á una de esas solemnidades literarias que tanto se han echado en cara al Instituto: los estudiantes del colegio Romano, que después fue trasladado al palacio Salviati, en la misma plaza en que está situado el edificio actual, representaron un drama. Aunque Ignacio habia muerto, su espíritu animaba todavía á los demás, y el profesor habia juzgado úti-

les estos ejercicios dramáticos para formar el físico y desarrollar el entendimiento. Era entonces rector del colegio Gerónimo Nadal: Manuel Sa, Polanco y Ledesma figuraban en el número de los doctores, y se contaban entre los escolásticos un gran número de italianos, portugueses, españoles, franceses, griegos, ilíricos, belgas, escoceses y húngaros que todos profesaban una misma regla, aunque venidos de puntos tan diferentes, y hablaban ora el idioma de su patria, ora el latin, y algunas veces el griego ó el hebreo. Consagraban las horas de recreo de los domingos y dias de fiesta á la visita de los hospitales y cárceles; predicaban en las plazas públicas, ó pedian limosna para la casa profesa; y extendiéndose su celo hácia un teatro mas vasto en las vacaciones de Pascua y del otoño, hacian sus excursiones al antiguo Lacio y á la Sabinia: pero estas excursiones que el estudio podia hacer agradables, tenian un objeto mas cristiano, puesto que se ocupaban en predicar el Evangelio, en confesar y catequizar, y así era como toda su existencia, aun el placer mas inocente, era referido á Dios.

Estos resultados se limitaban todavía á eventualidades; nada se preparaba de fijo ni respecto al establecimiento, ni en cuanto á su dotacion, sosteniéndose solo con los donativos imprevistos; pero una situacion tan precaria no podia durar mucho tiempo. Veíanse entrar en esta escuela jóvenes llenos de un brillante porvenir, tales como Possevino, Belarmino y Aquaviva; ú hombres tan consumados literatos como Avellaneda y Toledo. Los Jesuitas que se habian formado bajo la férula de tan grandes maestros se derramaban por todo el mundo.

Sin embargo, esto no impedia que penetrase la miseria al través de la elocuencia; porque si bien es verdad que el papa Pio IV suministraba anualmente limosnas considerables, no bastaban estas á cubrir las necesidades que se seguian al prodigioso incremento de los individuos.

En 1560 encargó el soberano Pontífice á los cardenales Moroni, Savelli, Hipólito de Este y Alejandro Farnesio que proveyesen á las necesidades del colegio dotándole de una manera estable. La marquesa de la Tolfa, viuda de Camilo Orsini y sobrina del papa Paulo IV, poseia un convento que las religiosas habian abandonado; ofreciósele á los Jesuitas, quienes empezaron por construir la capilla, siendo ellos mismos los arquitectos y albañiles, y trabajando por espacio de siete años.

El emperador Fernando I, el 6 de marzo de 1560 escribía á Pio IV dirigiéndole un socorro para el colegio Romano: «De esa casa han sido enviados en los años anteriores un gran número de hombres de una virtud y ciencia admirables, no solamente á nuestros reinos y dominios, sino á todos los Estados de Italia, Francia, Bélgica y demás reinos de la cristiandad, y aun hasta las mismas Indias. No hay año en que no salgan diferentes sujetos, que diseminados por los diversos países del mundo se ocupan en propagar la verdad, en defender la Religion y reanimar la fe antigua.»

El año siguiente en 24 de noviembre, no era ya un príncipe seglar sino el mismo soberano Pontífice quien formaba el elogio del colegio Romano. Felipe II había prohibido que saliese de España el dinero destinado para este establecimiento, y Pio IV le dirigió en esta ocasion un breve del que citaremos algunos fragmentos:

«La Compañía de Jesús, dice el Papa, merece entre todas las Órdenes una especial proteccion de la Silla apostólica: aunque estos obreros infatigables han llegado los últimos de todos y á la hora nona para cultivar la viña del Señor, no solamente han logrado arrancar las malezas y espinas, sino que la han extendido y propagado en otras regiones. Tenemos en esta ciudad el primer colegio de la Orden, que viene á ser como el semillero de todos los otros que se establecen en Italia, Alemania y Francia: de este seminario fecundo saca la Silla apostólica ministros escogidos y capaces, al modo de unas plantas llenas de savia y abundantes en frutos, para aclimatarlas en los lugares que mas lo necesitan. No rehusan jamás trabajo alguno por ímprobo que sea, mediando el honor de Dios y el servicio de esta Silla apostólica; van sin temor do quier que son enviados, aun á los países mas herejes é infieles, y hasta los confines de las Indias: debemos mucho á este colegio, que ha merecido tanto y continúa mereciendo de la religion católica, y que se ha consagrado enteramente al servicio de Nuestro Señor Jesucristo y de la cátedra de san Pedro. No obstante, para que colocado en esta ciudad como en la ciudadela de la religion cristiana y el centro de la Iglesia católica, pueda ser útil á todos sus individuos, conviene que no solo le sostengamos sin faltar nunca á este deber, sino que reclamemos los auxilios de todos los cristianos piadosos, y sobre todo el vuestro y vuestra proteccion. Y esto nos ha movi-

«do á daros á conocer por medio de estas nuestras letras el fruto grande y oportuno que la Iglesia universal recibe de él.»

El colegio Romano crecía como el niño Jesús en piedad y sabiduría. Aldo Manucio, ilustrado editor del Salustio, publicaba á la cabeza de su obra un magnífico elogio de esta casa, que habia pasado á visitar en persona: el cardenal Carlos Borromeo la estimulaba con su presencia y sus consejos: el cardenal Marco Antonio Colonna, arzobispo de Tarento, pedia que se le examinase para el grado de doctor ante los maestros del colegio Romano, y Pio IV, al recomendar al rey de Francia á los Padres que residían en Paris, le cita como ejemplo del bien que pueden hacer por medio de la educacion, aquel establecimiento que pocos años después de la muerte del Pontífice albergaba en su seno mas de mil alumnos.

No era el único don que poseían los Jesuitas el arte de hacer amable la instruccion; sino que buscaban todos los medios idóneos á excitar la emulacion. Ya Laynez en el año último de su vida (1564) inventó en Roma la distribucion pública de los pre-

¹ Hállase este elogio en la edicion de las obras de Salustio, impresa en Venecia en 1567. La epístola dedicatoria, de la que solo traducimos un fragmento, que lleva la fecha de 1563, dice así:

«Al colegio romano, Aldo Manucio, hijo de Pablo Manucio.

«No lo ocultaré; llamado á Roma por mi padre el año pasado, me apresuré á ir allá: acosábame el deseo de ver con mis propios ojos cuanto habia hecho el encanto de mis estudios: iba á pisar aquel mismo suelo que habian habitado tantos personajes ilustres; así es que recorrí con el mayor placer aquellos antiguos monumentos que nos recuerdan el genio del artista y las glorias de la edad antigua. Pero ni las estatuas de mármol ó de bronce, ni el aspecto de las siete colinas, ni el augusto esplendor del Capitolio, sedujo ni extasió tanto mi espíritu como el brillo y el orden de vuestro Colegio: en él nada se practica por un vano deleite ó por intereses pasajeros; al contrario, todo lo he visto dirigido hácia un fin sólido y glorioso, cual es la salvacion de las almas: de esta manera se ven afluir todos los dias nuevos alumnos en vuestro derredor.

«No se os ha propuesto por haber emprendido tan nobles trabajos ni el interés, ni los honores, esos móviles de la emulacion entre los hombres, sino una recompensa celestial; y esa nueva ambicion encendida hace pocos años por el gran Ignacio de Loyola, no se extinguirá jamás, antes producirá los mas felices resultados, no solamente en esta ciudad, sino en todo el universo. ¿Qué villa, qué nacion, qué pueblo sinceramente apasionado por las leyes de Jesucristo no ha de aprobar vuestro Instituto y recibir en su seno, ó mas bien llamaros para instruir á la juventud, conservar las buenas costumbres y extender el imperio de la Religion?»